

BALAZOS DESPUÉS DE MUCHAS COPAS\*

# Cómo fue el asesinato de Guty Cárdenas, un ídolo

Luis Gonzaga y Armendáriz

En la nevería de la XEW estábamos Guty Cárdenas, Rubén Reina, Heladio Aguirre, Tante Zapata y yo. Se trataba de llevar al famoso compositor y cantante del Mayab a Ometepepec a participar en las fiestas de coronación de Su Majestad Áurea Añorve; invitación que él acogió con agrado, máxime que le gustaba la canción de Agustín Ramírez que dedicó a Ometepepec, y quería conocer aquel "bello nido de infinitas ilusiones". Yo nada tenía que ver en ese asunto. Era algo así como el treceavo apóstol del cuento. Sólo había ido a tomar nieve, y me iba a la... tostada; pero ellos eran mis amigos, y formé en la amable tertulia.

Tante —que tenía estampa de galán de cine y alma de poeta— le preguntó:

—¿Cómo nació tu canción *Un rayito de sol*?

Guty no se hizo del rogar. Estaba de excelente humor:

—Verás... Yo estudiaba en el Colegio Williams, de Mixcoac, y cerca de allí tenía una hermosa noviecita, en la Quinta Yolanda, de Murillo 37. No teníamos permiso de sus papás, y nuestros encuentros eran furtivos. Éramos un par de "mocosos". Apenas me apuntaba el bigote, que parecía una leve sombra abajo de la nariz. Un domingo temprano me di una escapada para verla, y para decirnos unas cuantas ternezas. Se asomó a la ventana que enmarcaba una madreSelva, y me indicó a señas que no saldría porque había moros en la costa. ¡Sus papás estaban alerta! Se quedó quieta unos instantes; y en eso se filtró un rayito de sol por entre la enredadera, se quebró en el cristal de la ventana, y matizó su hermosa cabellera. Me quedé extasiado. No había para qué hablar. Era el minuto de contemplar, de adorar y se me antojó llegar a ella como aquel rayito de sol, para besarla. Se esfumó la hermosa visión,

\* *Impacto*, núm. 1530, s/f.



el minuto radiante... Al tomar calle abajo rumbo al Williams me empezó a brotar, como un murmullo, una suave melodía que se entrelazaba con aquel rayito de sol. Sin perder tiempo y antes de que se me borrara o deformara, cogí el tranvía "Mixocac-Valle" frente a la casa de las muchachas Bringas-Olmos y fui en busca de mi paisano el poeta Emilio Padrón, al que narré el fantástico suceso. En el piano esboqué la melodía y le pedí que escribiera la letra de la canción. "Le daré forma literaria nada más, porque todo lo has dicho", respondió, y se puso en tarea. Al poco rato me mostró los versos que yo leí cantando:

*Un rayito de sol  
por la mañana  
filtra sus oros en la enredadera,  
se quiebra en el cristal de tu ventana y  
matiza tu hermosa cabellera.  
Un rayito de sol  
por la mañana...  
Mi alma, que vive errante y soñadora  
siguiendo en pos de una visión lejana,  
quiere llegar a ti, como la aurora,  
como un rayo de sol por tu ventana...  
Como un rayo de sol  
por tu ventana...*

Por supuesto, Guty no nos recitó esos versos. Los cantó. Estaba emocionado. Vivía aquel dulce recuerdo. Su voz, que conservaba la frescura de

Conjunto Pathe. Sentados: Lorenzo P. Trejo y Arturo Cámara; de pie: Carlos Canto y Roberto Rosado.



la adolescencia, parecía fundirse con extrañas mieles; y la dulcedumbre de sus modulaciones era la expresión de un sentimiento lejano —el de sus amoríos primarios— que se quedó aleteando entre nosotros, como un vuelo azul de golondrinas.

Ometepec se dispuso a vestir de gala para recibir al inigualable compositor y cantante. De la suntuosa y multitudinaria recepción se iba a encargar una comisión mixta formada por Conchita Quezada, las hermanas Rosa María y Zayda Vázquez, Lolita Victoria, Estela Romano, Anita Noriega y Esperanza Añorve, así como Germán Milier, Tico Cisneros, el doctor Soto y Delio Polanco. La coronación de la reina Áurea la haría Guty Cárdenas, cuyas canciones en aquella tierra llamada por Ramírez "vergel florido" las entonaban todos en las fiestas, en el hogar, en las serenatas y en los "gallos": *Pasión, Ojos tristes, Quisiera, Peregrino de amor, Nunca, Golondrina viajera, Anoche soñé contigo, Flor, Para olvidarte, Tú fuiste, Dile a tus ojos* y tantas más.

Ese júbilo de los ometepecanos podría darse igual o más en otras poblaciones de México al solo anuncio de que las visitaría; porque el singular artista, sencillo y armonioso, para atraer a la gente no tenía más herramienta que su canto lleno de sentimiento.

Una catadora de emociones comentó:

—No sé lo que hay en Guty Cárdenas. No lo conozco, y lo quiero entrañablemente, sin saber por qué...

Tenía una aureola intangible que crecía y que se brillantaba en torno suyo: y que se quedaba vibrando en los cordajes interiores como una canción estremecida. Era algo imprecisable. Algo en anillos de impresión y sentimiento, a lo ancho y a lo hondo de la conciencia, y que despertaba y hacía vivir en todos la pertinaz recordación de días felices o de horas de angustia. Sus canciones recogían entre las cuerdas de su guitarra o en las sonoridades de las orquestas, el sentimiento colectivo y esencial, simple y humano.

Su espontaneidad y su sencillez imprimían su propia vida interior, su inextinguible pasión cordial, a cada una de sus melodías, para llevar al pueblo un mensaje romántico.

Guty aplazó varios compromisos que le iban a dejar miles de pesos, con tal de ir a Ometepec a coronar a la reina el 5 de mayo, como lo prometió a Tante Zapata, Layo Aguirre y Rubén Reina. No iba a cobrar ni un centavo. Así era él cuando trataba de halagar a los amigos. El dinero no carcomía su corazón. En Ometepec le habrían pagado lo que él hubiera pedido, porque la palabra crisis no la conocían. Tierras riquísimas, abundante producción agrícola y ganado fino; y mujeres lindas en cada casa. Era una sucursal del paraíso.



Pero el hombre propone y Dios dispone.

Un mes antes —el 5 de abril de 1932— fue por él a su casa en Monterrey 265 el empresario Eduardo Gálvez Torre, para ajustar los detalles de una gira por Yucatán varias veces pospuesta. Los contratos con la XEW, con empresas teatrales y disqueras, y con la NBC de Nueva York, estorbaban la realización de la gira, y Gálvez Torre quería cerrar el trato. Pasaron por la XEW y de allí se dirigieron al Salón Bach, cantina del mundo elegante en Madero 38. El trovador se veía tristón, de mal talante, contra su habitual modo de ser alegre y despreocupado.

En el camino se les apareció Rosita Madrigal, amiga de ambos y la invitaron a que los acompañara.

—Llegaste caída del cielo, Rosita. Ojalá y tú animes a Guty, que se trae un fastidio o un decaimiento de los mil diablos.

—Creo que tengo baja la presión —arguyó el compositor—. Con unos coñacs me reanimaré. Amanecí inquieto, sin saber a qué atribuir esta "murria". Siento una opresión en el pecho.

—¡Eso es "cruda" y no otra cosa! —aclaró el empresario.

Trío Los Tecolotes:  
Fernando Méndez May,  
Felipe Domínguez Romero y  
Félix García Carrillo.





—Estás en un error. Anoche no tomé más de dos copas, y fueron por compromiso. Ni siquiera entré en calor.

—Son tus problemas los que te ponen así —terció Rosita.

—¿Problemas?... ¿Cuáles problemas, Rosita? —preguntó.

Tenía razón. Guty Cárdenas era en ese tiempo un consentido de la

fortuna. Gozaba una juventud envidiable, guapo y era el compositor y cantante de moda, el mimado de todos los públicos. Le pagaban cuanto querían. Sus canciones las cantaban en toda la América y más allá de los mares, no sólo tenía el pueblo mexicano. Sus discos se vendían como pan caliente. Tenía una esposa muy linda, Anita Patrick, que fue inspiración de muchas de sus mejores canciones; y una familia ejemplar

Trovadores yucatecos:  
Benigno Lara Fóster, Daniel  
Tenorio, Carlos Salazar y  
Arturo Cámara Tappan.





por su condición social, trato y gentileza. Carmita, su hermana consentida; doña Manuelita, su mamá; y sus hermanos Raúl y Renán, que eran sus mejores amigos.

Nada tenía que pedir a la vida. Todo se lo había dado en abundancia. Era generoso, y eso le daba paz y alegría y no envidiaba a nadie. A todos los compositores les cantaba sus canciones y hacía creaciones de ellas: a Lara, a los hermanos Domínguez, a Chalo Curiel, a Licho Bonfil el de *Desdén* y *Bugambilia*. No había desdoro en él, al grabar discos de sus competidores. Hoy cualquier "componedorcillo" de pacota sólo graba y canta su personal de producción, que es birria.

¿Cuáles problemas?

Tampoco siempre había sido tan afortunado. No estaba pues ahíto de satisfacciones. Vivía su luna de miel con el triunfo.

Hacía poco —unos cinco años— que García Cabral, Roberto Montenegro y Manuel Horta, el notable periodista y fino escritor, fueron a Mérida y lo conocieron. Escucharon sus composiciones que cantó acompañado de su guitarra con la que hacía prodigios y quedaron cautivados. Lo instaron a venir a México y le auguraron un triunfo sin precedentes. Era aquel muchacho el cantor de la raza maya —la raza maestra de la humanidad— y la expresión artística del pueblo. Su voz parecía surgir de

las entrañas de Tikal, de Uxmal y de Chichén Itzá evocando las grandezasidas. Cantaba a la mujer, a la naturaleza, era sensibilidad, hondura y elevación.

Llegó a la metrópoli y triunfó arrolladoramente en aquel palenque del arte donde había gallos de la alzada de Tata Nacho, Martínez Serrano, Esparza Oteo, Lara, Curiel, Núñez de Borbón, Barcelata y varios más.

Llegaron al Salón Bach y Pepe del Valle, el barman, los atendió en el acto. Les destinó un compartimiento a fin de que estuvieran a sus anchas. Se les agregó Arturo Larios, que cantaba y tocaba guitarra y era amigo de Guty.

Pidieron coñac, para empezar. Guty lo necesitaba para entonarse, para entrar en calor y salir de la depresión que lo traía molesto. Y a la primera copa siguió otra, otra y otras más. Llegaron al medio día. Guty y Larios cantaron varias veces la producción propia y la ajena. Les sirvieron unos sándwiches a modo de "botana" o de comida y siguieron bebiendo. A Guty se le subieron las copas y se puso impertinente. Es que ni él mismo sabía qué tenía, qué lo tenía así ese día. Un prestidigitador con la baraja, apellidado Murillo, se les acercó y les hizo varias suertes que ellos no pudieron repetir.

A eso de las diez de la noche se les agregó el *cantaor* de flamenco conocido como "El Mallorquín", quien

los deleitó con varias piezas del *cante jondo*, que Guty aplaudió con fuerza. Llegaron luego dos españoles, los hermanos Ángel y José Peláez, dueños de una zapatería en Gante 12. Eran amigos de "El Mallorquín" y éste cantó para ellos lo que le pidieron. También iban entrados en copas. Hubo las presentaciones de rigor; y a simple vista se advirtió que Guty no era santo de la devoción de los dos españoles, pues había puyas a cada momento.

Cantó otra vez "El Mallorquín" y Guty lo festejó.

Luego pidió su guitarra a Larios y entonó una de sus propias composiciones, pero ya estaba muy pasado de copas, y le salió mal la ejecución, de lo que se mofaron los Peláez en forma majadera. Se veía venir un mal rato, pues uno y los otros estaban agresivos. Rosita procuraba que los Peláez no se dieran por ofendidos, pidiéndoles que no hicieran caso a Guty pues estaba borracho "y no sabía lo que hacía". En vista de que le salió mal la canción, el trovador del Mayab retó a José a unas "vencidas" de "dedo", que eran muy usuales en aquel tiempo.

Peláez no aceptaba, alegando ser débil de los dedos, pero ante la exigencia de Guty se resignó y se trabaron en la lucha. Si bien el zapatero tenía dedos flacos, el trovador no estaba en su mejor momento porque el alcohol le restaba energías. Ambos acudieron a la treta de querer ganar con el peso de sus propios cuerpos,

y se reclamaron con violencia. Peláez amenazó:

—¡Te voy a dar un "mamporro" que te aplastará las narices!...

Guty hizo ademán de arriarle una bofetada y lo atajaron Rosita y "El Mallorquín". El otro zapatero, Ángel, sacó una escuadra "Browning" y cortó cartucho, lanzándole gravísima injuria.

La sangre no llegó al río, porque todos la hicieron de amigables componedores.

En ahorro de dificultades, los Peláez y "El Mallorquín" se fueron a la barra a seguir tomando. La tempestad que se cernió durante unos minutos se alejó y cada grupo siguió su tertulia por separado, aunque de tiempo en tiempo los zapateros veían al trovador y mascullaban maldiciones. Guty pretextó ir a los sanitarios y salió del pullman sin que sus compañeros sospecharan otra cosa, pero en vez de ir al mingitorio se acercó a la barra y volvió a retar a José a otras vencidas, a fin de poner en claro quién era el mejor. Le contestó con una "mentada", que tuvo inmediata respuesta de Guty, multiplicada por veinte.

José cogió una botella vacía que estaba en la barra y se la estrelló en la cara. El cantante se tambaleó por efectos del golpe y sacó una pistola niquelada con la que le disparó dos



tiros. Atinó al primero, que casi atravesó a Peláez de lado a lado. Le entró en la línea media axilar derecha, sexto espacio intercostal y casi le salió en el costado opuesto, pues la bala quedó a flor de piel. La otra hirió en el brazo izquierdo a "El Mallorquín", Jaime Carbonell Ferrá.

Peláez, al sentirse herido, dio de gritos:

—¡Que me ha matao!... ¡Que me ha matao!

Ángel se le acercó y a grandes voces le preguntó:

—¿Que te ha matao?... ¿Que ése te ha matao?

—¡Sí, hombre... que me ha matao!... Me siento muy mal... —Dijo, se llevó las manos al pecho y se desplomó gravemente herido. La cabeza le rebotó en la base del mostrador.

José sacó de la bolsa trasera del pantalón la escuadra "Browning" ya sin "seguro" con la que en un principio amagó a Guty, y le dejó ir ocho tiros; de los cuales cuatro hirieron al trovador. Un proyectil le perforó el corazón, otro le entró en la apófisis mastoidea derecha; uno más le rompió la espina dorsal; y el último le dio en el tórax a nivel del décimo espacio intercostal derecho, en la línea media.

Guty se estremecía al recibir cada uno de los tiros. Luego, dio un traspiés junto a la barra y apretándose el pecho se fue encogiendo poco a poco, como para no azotar de golpe en el suelo, y al fin cayó bañado en sangre que le brotaba a chorros de sus muchas heridas. Tenía además el botellazo en la cara, que fue tan terrible, que se rompió en pedazos la botella, y un fragmento se incrustó en el brazo izquierdo de "El Mallorquín", quien al sentir segundos después uno de los proyectiles en el mismo brazo, presa de terror y al fin gitano, empezó a llorar a voz en cuello:

—¡Por Dios!... ¡Que soy muerto!... ¡Ay de mí!... ¡Hagan algo!...

Cuando la cabeza de Guty tocó el suelo ya estaba muerto. La bala que le rompió el corazón tuvo efectos fulminantes. De haberse salvado, habría quedado paralítico para siempre por la que le destrozó la columna vertebral.

Rosita, que corrió a separarlos cuando echaban mano de las pistolas, llegó en el momento en que Guty caía sin vida. Acobardada salió a la calle dando de gritos:

—¡Acaban de matar a Guty Cárdenas!... ¡Dios mío!... ¡Mataron a Guty!... ¡Policía!... ¡Policía!... ¡Por favor!...

Eran las 11 de la noche con 39 minutos.





Guty Cárdenas.